

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Bernard Williams, *Moral Luck*. Cambridge University Press, 1981. xiii + 173 pp.

Moral Luck es el título de uno de los trece ensayos que componen esta colección, los cuales fueron publicados entre 1973 y 1980. Todos ellos tocan temas importantes. Los once primeros se ocupan de asuntos relacionados principalmente con la moralidad y la filosofía moral. Los dos últimos, "Wittgenstein and Idealism" y "Another Time, Another Place, Another Person", se ocupan de un tema más metafísico, a saber, la manera como Wittgenstein y Ayer acomodan el yo al dar cuenta del mundo.

Williams, como es usual, no resulta fácil de entender; su estilo literario es difícil aun cuando encontramos trazos firmes con oraciones fuertes y cautivadoras. Su manera de tratar los temas filosóficos es a veces oscura, difícil, con una sintaxis intrincada, en donde las conexiones de un tema a otro no se destacan y la importancia del asunto para la moral se asume sin más.

El libro está dentro de lo que se da en llamar filosofía analítica por cuanto se trata de ensayos sobre puntos particulares, aportando argumentos, razones, objeciones para sostener o para eliminar una o varias tesis. Pero Williams no es un partidario, sino un hombre lúcido que va en contra de muchos presupuestos del tratamiento "analítico" de la problemática moral y resulta saludablemente heterodoxo. En esta medida, sus trabajos traerán aliento para aquellos que desean ante todo lograr un progreso que vaya unido con la claridad que confiere el uso del análisis y el argumento. Los que buscan las grandes afirmaciones y los resultados dramáticos quedarán frustrados y pondrán en tela de juicio la importancia del esfuerzo de Williams.

No obstante su carácter limitado, la colección de estos trabajos deja ver ciertas líneas generales —que Williams promete articular en un futuro trabajo más sistemático y propositivo, según afirma en el prefacio. Así, por ejemplo, Williams sostiene un escepticismo acerca de la teoría moral o ética no solamente como una teoría de un proceso de decisión para el razonamiento moral, sino como un escepticismo acerca del asunto mismo de esa putativa teoría, de lo que pretende incluir, de los temas que afirma y desea elucidar. Todo esto va junto con los límites de la moralidad y de las teorías que los filósofos insisten en producir para explicar o elucidar los pro-

blemas morales. En este contexto asoman una y otra vez el utilitarismo y el kantismo o neo-kantismo moral. Williams hace gala de su destreza filosófica y hunde su espada analítica en los densos y resistentes lomos de la legislación utilitarista o kantiana. Las estipulaciones de esas maneras de encarar los problemas morales resultan tan extrañas y absurdas que se le agradece a Williams la virtud de sacarnos fuera de su alcance, pero al mismo tiempo surge el reclamo de que nos dé —lo que parece ser una posesión segura— un dignóstico más acabado y contundente del error de esas filosofías, a fin de que nos libremos para siempre de sus poderes de seducción intelectual.

Comentaré de manera desigual el contenido de los ensayos. En “Persons, Character and Morality”, Williams aborda el tema de la filosofía de la identidad de las personas en relación con el carácter individual o particular y de las relaciones personales en la experiencia moral. Williams nota el deseo kantiano de preservar la singularidad de las personas frente a la gruesa desestimación de esa singularidad por parte de los utilitaristas. Williams cuestiona la tesis constructivista de las personas defendida por un neo-humeano como Derek Parfit y hace ver algunos absurdos que se siguen cuando se la aplica al caso de las promesas. También exhibe las deficiencias de esa tesis en relación al lenguaje de “futuros yo(es)” y concluye en la necesidad de asumir una continuidad física para esos entes. El argumento es interesante porque Williams, al igual que Parfit, no argumenta directamente en favor de la tesis metafísica, sino que toma casos morales para concluir —contra Parfit— que tenemos que asumir la continuidad física de los sucesivos yoes que constituyen una persona.

Williams muestra convincentemente que tanto el kantiano como el utilitarista ignoran el dato del carácter de las personas y al hacerlo así terminan legislando abstractamente acerca del problema, sin resolverlo, es decir, sin poder dar cuenta de la singularidad de las personas. La forma en que Williams se mueve entre diferentes problemas y los relaciona para lograr resultados tanto imprevistos como excitantes es una prueba suficiente de la excelencia de este primer ensayo.

En “Moral Luck”, el segundo ensayo, reescrito después de la polémica con Thomas Nagel, Williams cuestiona la manera en que podemos deshacernos de la hipótesis escéptica de la suerte moral. De nueva cuenta aparecen los defectos de la tesis kantiana que legisla, eliminándola sin más, acerca de esta fascinante posibilidad.

Williams toma los casos de Gauguin y Ana Karenina y, mediante un análisis del concepto de remordimiento/lamento (*regret*), los lleva hasta cuestionar la relación entre su vida y la justificación o carencia de ella con la moralidad. Si la hipótesis escéptica logra introducir un hiato entre el orden moral y nuestras acciones, entonces el concepto de moralidad podrá seguir existiendo pero no tendrá la importancia que le atribuimos. Como en otros ensayos, Williams no presenta una tesis positiva sino una elaboración del problema. En esta elaboración extrañamos la voz del escéptico, a la vez moral y epistemológico, y una mayor elucidación del carácter de suerte de la suerte moral.

En "Utilitarianism and Self-Indulgence", el tercero de los ensayos, Williams rechaza que aquellos que se rehúsan a llevar a cabo actos moralmente desagradables sean culpables de auto-complacencia (*self-indulgence*). Para rechazar esta acusación de los utilitaristas examina las diferentes motivaciones morales y encuentra un *rationale* en favor de ese rechazo moral.

En "Politics and Moral Character", Williams entra al terreno moral propio y cuestiona el tipo de político que deseamos a través de la cuestión de lo que pensamos de los políticos que se ensucian las manos con asuntos moralmente desagradables. Esto lo lleva a preguntarse por las disposiciones y carácter que tiene el que actúa de esa manera. Una magnífica caracterización del político aparece aquí, a saber, el que intenta mantenerse en un cargo (sin perjuicio de avanzar, por supuesto). (Una versión prosaica de esta caracterización se conoce en nuestro país como "vivir dentro del presupuesto".) La noción de "costo moral" debe relajar la estrechez del pensamiento utilitarista aquí, y nos debe hacer entender la condicional necesidad de los políticos como seres que no encuentran desagradable su quehacer. La lectura de la discusión de Williams es indispensable, no así sus conclusiones, que necesariamente se verán cuestionadas.

"Conflicts of Values", el quinto ensayo, se ocupa de examinar la combinación de una teoría pluralista de los valores con una acción social radical. Williams se muestra anti-teórico aquí y propone un equilibrio, práctico, entre la esfera pública y la privada. Aquí aparecen reflexiones intensas acerca del pensamiento utópico y la incommensurabilidad de los valores.

"Justice as a Virtue" es un análisis del tratamiento que hace Aristóteles de la justicia en el libro V de la *Ética a Nicómaco*.

"Rawls and Pascal's Wager" examina el argumento de J. Rawls

en favor de sus dos principios de la justicia y lo compara con el argumento de Pascal de la apuesta para concluir que el argumento de Rawls tiene más defectos que el de Pascal.

“Internal and External Reasons” es un ensayo importante. Creo que la distinción de Williams necesita mayor refinamiento, pero me parece con Williams que la racionalidad de la acción humana no puede ser racionalidad de razones externas, sino algo como racionalidad de razones internas (en donde “internas” debe elucidarse más allá del “conjunto motivacional subjetivo”, si es que queremos decir con esa expresión algo más que ‘no-externas’).

“Ought and Moral Obligation” pone en cuestión que ambos, el teórico de la forma lógica y el kantiano, capturen el “*ought*” de la obligación moral, esto es, un “*ought*” que se aferre en el agente, o como se dijo en el ensayo anterior, en razones internas.

“Practical Necessity” vuelve sobre el “*ought*” concluyente, práctico. Williams apunta convincentemente que el deber moral señala hacia el carácter de la persona, hacia sus capacidades y, por lo tanto, hacia los límites de lo que es la persona frente al mundo en el que debe actuar, en suma, hacia algo mucho más honesto y realizable que el deber de Lutero, Kant y Sófocles.

“The Truth of Relativism” es el undécimo ensayo. Williams defiende un relativismo no-ingenuo para la ética, no así para la ciencia. La razón, argumenta, es que no hay verdad moral, es decir, no hay verdad moral de... sino verdad moral para... En este ensayo Williams plantea con cuidado el problema, de tal manera que introduce coherentemente la postura relativista, a saber, la distinción entre confrontación real y nocional, de modo que podamos pensar acerca de otros sistemas de creencia que nos pueden preocupar y podamos expresar esas preocupaciones, y aun cuando esas preocupaciones nos queden demasiado distantes, admitamos que otras personas pueden juzgar convincentemente acerca de ellas. No me queda claro si Williams desea aceptar el relativismo o más bien desea evitar el parroquialismo.

En “Wittgenstein and Idealism”, Williams argumenta que tanto la teoría del significado del *Tractatus* como la posterior de las *Investigaciones, Zettel, et al.*, apuntan en la dirección del idealismo trascendental. Aun cuando no concuerdo con la conclusión de Williams, estoy de acuerdo en que hay un problema grave e importante aquí que hay que resolver.

En el último ensayo, “Another Time, Another Place, Another Person”, Williams hace gala de su considerable habilidad frente a

un enemigo menor. Con maestría, Williams se remonta por encima de Ayer para mostrar el enorme conflicto que encierra un proyecto filosófico largamente sostenido, a saber, la combinación del ideal científico de alcanzar una verdad eterna, con el requisito de asegurarse de que se ha verificado concienzudamente en cada una de sus etapas. La periodicidad y circunstanciabilidad de la verificación por nosotros en términos de nuestra experiencia, amenazan con incoherencia ese ideal de conocimiento *sub specie aeternitatis*. Williams lo considera como una paradoja del positivismo: en verdad, ¿cómo pensar que un requisito de la cientificidad de una teoría sea la verificabilidad (por mí o por alguien más)?

ENRIQUE VILLANUEVA